

LAGINAK:

Sombras: Nekane

(Iban Zalduren gaztelaniazko autoitzulpena)

Shadows: Nekane

(translated by Kristin Addis)

Sombras: Nekane

Cuando me topé con ella en el museo tuve que esforzarme en demostrarle que no me ponía nerviosa, y creo que lo conseguí, aunque en realidad estaba temblando por dentro. No veía a Marga desde 1997. Me acuerdo muy bien del año porque en aquel encuentro me había recomendado *Seda*, la novela de Alessandro Baricco, y me gustó muchísimo.

Ella también trató de mostrarse tranquila: me abrazó con levedad, como si no hubieran transcurrido todos aquellos años. No reuní el valor suficiente para estrecharla entre mis brazos durante más tiempo o con más fuerza.

Intercambiamos las frases de rigor. “Te veo guapa; no te había visto nunca con pintalabios. ¿Desde cuándo lo usas?”. Desde que salgo con Mikel, pensé, pero no le di una respuesta concreta, ni a esa pregunta ni a muchas otras que me formuló a continuación; de todas formas, no creo que esperara respuestas: las preguntas fueron como los abrazos, leves, amables, nada grandilocuentes.

Marga estaba fea y había engordado. Tenía los dedos amarillentos por la nicotina y las raíces canas delataban que se teñía el pelo. Pero no le dije nada, por supuesto.

Marga y yo hicimos juntas los cuatro años de instituto; “del *Super-Pop* a Rimbaud”, como le gustaba recordar a ella. Por aquella época, más que amigas, éramos una secta. Fue así desde que nos sentaron en el mismo pupitre: yo me apellido Gar-

cía y ella Garciandía. Hubo una época en que iba cada tarde a casa de Marga: sus padres, al contrario que los míos, tenían un aparato de hi-fi y permitían que lo usáramos; allí nos pasábamos las horas oyendo *Rabo de nube* de Silvio Rodríguez y *Berlin* de Lou Reed, y leyendo, y hablando, y fumando. Nunca he olvidado lo que me comentó Marga después de haber terminado de leer *Desayuno en Tiffany's*: “Pienso lo mismo que Holly: ‘La patria de una es el lugar en donde te sientes bien. Y todavía lo ando buscando’”. Y yo me reí, aunque lo que había dicho no me pareciera tan gracioso. Marga y yo apenas discutíamos. Ni siquiera lo intentábamos. Puede que la amistad sea eso.

“¿Te gusta la exposición? –me preguntó de repente; no esperó a que yo le respondiera–. A mí tampoco. ¿Qué te parece si salimos de aquí?”. Le dije que de acuerdo, que podíamos ir a tomar algo a un bar de al lado, pero ella negó con la cabeza: “Prefiero dar un paseo, si no te importa. Ya sabes...”, y añadió, con una sonrisa: “Te parecerá raro, ¿verdad? Antes la más andarina eras tú...”. Es cierto: aunque hacer monte me gustaba mucho, apenas conseguí arrastrar conmigo a Marga un par de veces; durante la segunda excursión, de todas formas, casi se me deshidrató en la subida al Irumugarrieta, y nunca volvió a venir con nosotros.

De hecho, creo que el monte fue una de las cosas que empezó a alejarnos: conocí a Urko, mi primer marido, en el club de montaña. El monte y, por supuesto, los estudios: Marga se marchó a Madrid, a la Escuela Diplomática y yo, mientras tanto, anduve por Sarriko, sin poder terminar la carrera de económicas. El montón de cartas del principio fue reduciéndose durante los siguientes años. Después –nunca lo entendí– Marga entró en el mundo de la política y cada vez tuvimos menos oportunidades de estar juntas. Sí, el monte y los estudios nos fueron separando, y también, claro está, el asunto aquél de Yassin.

“Hoy la alameda está muy bonita para pasear, ¿no crees?”. Le respondí que era verdad, y fui sincera: hacía una tarde templada de esas que pueden disfrutarse sólo en otoño. Las largas sombras de los árboles me hacían pensar en flechas. Nuestros zapatos producían un rumor muy dulce al pisar la hojarasca, y me entraron unas ganas terribles de empezar a dar patadas a las castañas pilongas recién caídas de los árboles. Pero no me atreví.

“¿Has leído lo último de Baricco? –me espetó—. No es una novela, sino un pequeño ensayo. Se titula *Next*; trata sobre la globalización. No sé si te interesa el tema, pero está bien escrito, y ayuda a entender un par de cosas”. Hizo un alto y, aunque brevemente, miró por primera vez hacia atrás; luego continuó paseando: “Hay una cosa, en el libro, que me ha dado qué pensar. Hablando de los sucesos del once de septiembre, Baricco explica cómo serán las guerras del futuro. Dice que el concepto de guerra tradicional se ha quedado anticuado; que a partir de ahora todas serán guerras internas: crónicas, inevitables, civiles. Y cerré el libro, y pensé que en el País Vasco hace tiempo que somos los más globalizados y los más modernos, porque así es nuestra guerra. ¿No crees?”.

No sé lo que le contesté a Marga, pero, una vez más, me dio la impresión de que no esperaba que le dijera nada. Luego continuamos hablando, de esto y de aquello, hasta que llegamos al puente del ferrocarril; entonces le dije que me tenía que ir, que ya nos veríamos. Nos dimos otro leve abrazo y cada una tomó su camino: yo, hacia el norte, a nuestra casa, y Marga, con el guardaespaldas siguiéndola, hacia el este.

Ni siquiera sé si vive por allí.

Shadows: Nekane

When I ran into her at the museum I had to make an effort not to appear nervous, and I think I succeeded even though I was trembling inside. I hadn't seen Marga since 1997. I remember the year clearly because the last time we met, she recommended that I read Alessandro Baricco's novel *Silk*, which had just come out in Spanish, and I loved it; it was at a similar event that she had mentioned the novel to me as if it had no particular importance, and it turned out to be a nice surprise for me.

She also tried to show that she was calm: she hugged me quickly, as if it hadn't been years. I couldn't find the strength in my arms to hold her tighter and longer.

We observed the usual niceties. "You look great. How long have you been using rouge?" Since Mikel, I thought, but I didn't go into details on that or on the many other things she asked me. I don't think she expected an answer anyway; her questions were like her hugs – quick and polite, insignificant.

Marga had gone downhill a bit and had put on some weight. The index and middle fingers on her right hand were yellowed with nicotine and her blue roots gave away the fact that she dyed her hair. I didn't say anything, of course.

Marga and I had been friends through the four years of high school, "from *SuperPop* to Rimbaud," as she liked to say. During those years, more than being merely friends, we had formed our own sect. And had it happened almost from the

first, when we were assigned to sit next to each other: I was García and she was Garciandía. For a while, I used to go to Marga's house almost every afternoon. Her parents, unlike mine, had a hi-fi and they used to let us use it. We would spend hours listening to Silvio Rodríguez's *Rabo de nube* and Lou Reed's *Berlin*, and reading, and talking, and smoking. What Marga said when she finished reading *Breakfast at Tiffany's* is engraved in my memory: "I agree with Holly: 'Home is where you feel at home, I'm still looking'." And I laughed, even though I didn't think what she said was particularly funny. Marga and I hardly ever argued. We didn't even try. Maybe that's what friendship is.

"Do you like the exhibition?" she asked at one point, but she didn't wait for my answer. "Me neither. Shall we get out of here?" I said OK, we could go to a nearby bar for a drink or something, but she shook her head: "I'd rather go for a walk if it's all the same to you. You know..." she added with a smile, "that must seem strange to you, huh? You were always the hiker." It's true. Though I loved hiking in the mountains, I just barely managed to drag Marga with me a couple times. The second time, she nearly ended up dehydrated as we were hiking the Irumugarrieta and she never came with us again.

Now that I think about it, the mountains were one of the things that started to come between us: I met Urko, my first husband, in the hiking club. The mountains, and our studies, of course. Marga went to Madrid to the Diplomatic Corps School, while I was at Sarriko, never quite finishing my degree in Economics. And the pile of letters we wrote each other at first dwindled in the following years. Then – I've never understood it – Marga went into politics and there were fewer and fewer opportunities to get together. So, the mountains, our studies, and the Yassin affair, of course.

“The place with the elms is nice for walking, don’t you think?” I said it was, and meant it: it was one of those warm afternoons that can only be enjoyed in the fall. The long shadows of the trees made me think of arrows. Our shoes made a soft noise as we walked through the fallen leaves, and I had a sudden strong urge to kick the newly fallen chestnuts. But I didn’t dare.

“Have you read Barrico’s latest?” she asked. “It’s a short essay, not a novel. It’s called *Next*, it’s about globalization. I don’t know if you’re interested, but it’s well written and helps you understand a few things.” She paused and looked behind her for the first time, just for a second. Then she went on: “There is something in the book which made me think. When he talks about the events of September 11, Barrico says something about future wars. He says the traditional concept of foreign wars has become obsolete. From now on, all wars will be domestic: chronic, inevitable, civil wars. And I closed the book and thought that in the Basque Country then, we must be the most globalized and the most modern since our wars have been just like that for ages. Don’t you think?”

I don’t know what I answered, but again, I don’t think she expected an answer. We kept on talking about one thing and another until we reached the railway bridge. I had to go, I told her then, we’d get together again some time. Another brief hug and we went our separate ways: I to the north to my house, and Marga to the east, her bodyguard behind her.

I don’t know whether or not she lived over there somewhere.